

Saint-Luc que la villa de Pouzin, en Vivarais, sitiada a la sazón por tropas reales, sería destruida por un incendio, Nostradamus «El Joven» ideó provocarlo él mismo para que se cumpliera su predicción. D'Espinay-Saint-Luc le descubrió in fraganti e, indignado, lo mató, pisoteándolo con su caballo.



El Palmar de Traya es una pedanía de la localidad sevillana de Utrera conocida sobre todo por el templo de la Orden de las Compañías de la Santa Fe, es decir herética de la Iglesia católica, y que acabó siendo la Iglesia ortodoxa palmariana de las Compañías de la Santa Fe o Iglesia católica palmariana. Fue fundada por Manuel Alonso y por el sevillano Clemente Domínguez (1946-2005), autoproclamado papa (el «papa Clemente») en 1970 con el nombre de Gregorio XXI, nombre de notable significado para el catolicismo

más tradicionalista, ya que según la numerología vaticana lo habría adoptado el arzobispo de Génova y cardenal Giuseppe Siri, de fuertes tendencias anticomunistas, que habría sido elegido papa en los círculos de 1958 y 1963, y que habría sido privado del cargo en circunstancias irregulares y bajo amenaza de represalias a los católicos en los países del bloque soviético. Los papas del Palmar son considerados por la Iglesia católica como antipapas. Otros consideran a esta organización como una secta. Durante la década de los noventa, Clemente fue acusado de abusos sexuales a algunos de los sacerdotes y monjes de su orden. En 1997, admitió tales abusos y pidió perdón por ellos. Domínguez había declarado tener visiones místicas, sufrir estigmas y recibir mensajes del Cielo durante años en el Palmar de Traya, Utrera. Con posterioridad, durante un viaje en automóvil por la autopista Bilbao-Behobia, el 29 de mayo de 1976, sufrió un grave accidente que le hizo perder la vista. Meses antes, el 11 de enero de 1976, fue ordenado obispo, de modo válido pero ilícito, según el Derecho Canónico, por el arzobispo vietnamita Ngo Dinh Thuc Pierre Martin. En 1978 afirmó haber tenido una visión sobrenatural que le ordenó autoproclamarse papa, a la muerte de Pablo VI, caso que ocurrió en agosto de 1978, en Bogotá, Colombia. La visión condenó la «herejía» del modernismo (que a su vez había condenado Pío X) y el comunismo, como ideologías que el Concilio Vaticano II habría aceptado, lo que le sitió intelectualmente cercano al sedevacantismo y al cardenismo. Tras su autoproclamación, fue excomulgado, pero ese mismo año santificó a personajes del más fuerte tradicionalismo (José María Escrivá de Balaguer, Francisco Franco, José Antonio Primo de Rivera, Don Pelayo y Cristóbal Colón). Tiempo después llegó a excomulgar a Juan Pablo II y al rey de España Juan Carlos I. Falleció con cincuenta y ocho años, durante su «papado» así exactamente el tiempo que el de Juan Pablo II, que murió apenas once días después. Según sus seguidores, Domínguez estaba destinado a ser el último papa y a ser crucificado y morir en Jerusalén, para regresar luego a la Tierra bajo el nombre de Pedro II. Sin embargo, tal nombre fue tomado por su sucesor, Manuel Alonso Corral, otro de los fundadores, quien junto al colegio de cardenales de la Iglesia católica palmariana, le canonizó como «Santo Papa Gregorio XXI, el muy grande».

El primer encuentro cara a cara entre un humano y un extraterrestre se produjo en 1952. No ocurrió en Washington, Moscú, Londres o París, sino en el desierto de California. El interlocutor terráqueo tampoco fue un alto mandatario; ni siquiera el entonces secretario general de la ONU, el noruego Trygve Lie: se llamaba George Adamski y trabajaba en las inmediaciones del observatorio astronómico de monte Palomar. Nacido en Polonia en 1891, había emigrado a Estados Unidos de niño y dedicó los últimos trece años de su vida a difundir el mensaje de los visitantes de otros mundos por América, Europa y Oceanía. «Fue a las 12.30 horas del jueves 20 de noviembre de 1952 cuando establecí contacto en persona con un hombre de otro mundo. Había venido a la Tierra en una nave espacial, un platillo volante», explica Adamski en su libro *Flying saucers have landed* ('Los platillos volantes han aterrizado', 1953). Había ido al desierto con otras seis personas, ansiosas todas de encontrarse con los extraterrestres. El grupo vio «una gigantesca nave plateada con forma de puro, sin alas ni apéndices de ningún tipo». Se movía en silencio y, cuando salió de ella un disco volante, el elegido se separó de sus acompañantes con la esperanza de hablar con la tripulación de la pequeña nave e incluso hacer un viaje en ella. El platillo que aterrizó en el desierto estaba pilotado por Orthon, un venusiano rubio y de excelente facha que impresionó al hombre. «Me sentía como un niño en presencia de alguien poseedor de una gran sabiduría y mucho amor». Mediante gestos y telepatía, el visitante, que venía en son de paz, le informó de la creciente preocupación en el vecindario cósmico por la radiación producida por nuestras pruebas nucleares. Adamski quiso hacerle una foto; pero Orthon se negó, aunque le dejó fotografiar el disco volante. Por desgracia, a pesar de llevar encima dos cámaras de fotos y durar la conversación una hora, todas las pruebas de la histórica entrevista se reducen a una imagen borrosa en la cual, tras una colina, asoma una mancha: parte de «la pequeña nave de Venus».

Este encuentro fue sólo el primero de los que mantuvo Adamski con seres de otros planetas. Con el tiempo, el hombre hizo realidad sus sueños y viajó por el espacio a bordo de platillos volantes. En la cara oculta de la Luna, vio ríos y florecientes ciudades pobladas por paisanos de Orthon, además de por marcianos y saturnianos. El Sistema Solar en pleno estaba preocupado por el futuro de la humanidad y, consciente de la trascendencia de su misión, Adamski se dedicó a partir de entonces a escribir libros sobre sus experiencias y viajar por el mundo dando conferencias y concediendo entrevistas. Hizo una gira por Nueva Zelanda, tuvo una audiencia privada con la reina Juliana de Holanda y decía haber mantenido otra con Juan XXIII. Adamski murió de un ataque cardíaco en 1965. Desde entonces, las sondas automáticas han fotografiado al detalle la cara oculta de la Luna sin ver nada de lo dicho por el «contactado». Tampoco han encontrado rastro de civilización alguna en Venus, Marte y Saturno, ni en ningún otro lugar del Sistema Solar.

«Era hombre de exiguos logros académicos, pero compensaba tal deficiencia con una excelente imaginación, una agradable personalidad y una provisión aparentemente inagotable de desfachatez», escribió el periodista Frank Edwards en su libro *Platillos volantes, aquí y ahora* (1967). Al «profesor» Adamski, como firmaba sus cartas, hay que reconocerle el mérito de

haber sido el primero en aprovecharse de los extraterrestres para escapar de una vida gris. En su caso, un puesto de hamburguesas de la carretera del observatorio de monte Palomar. Había intentado sin éxito dejar los fogones en 1949, publicando una novela de ciencia ficción titulada *Pioneers of space. An imaginary trip to the Moon, Venus and Mars* ('Pioneros del espacio. Un viaje imaginario a la Luna, Venus y Marte'), pero el fracaso se convirtió en oportunidad y Adamski el contactado nació cuando una escritora le animó a presentar la ficción como si fuera una experiencia real e ilustrarla con fotos de platillos volantes. Los dos libros posteriores en los que contó sus aventuras fueron sendos éxitos y convencieron a miles de personas de las visitas de seres de otros mundos. Pero algunos fueron más allá. Frank Edwards identificó, por ejemplo, el modelo al que correspondía el platillo en el que Adamski había hecho su primer viaje a Venus. «Tras ocho años de pacientes investigaciones —recordó en 1967—, llegué, finalmente, a la conclusión de que su "nave espacial" era en realidad el extremo superior de una aspiradora fabricada en 1937. Y dudo que se pueda viajar a través del espacio montado en una aspiradora». Además, aunque la entrevista con Juliana de Holanda sí se produjo (y le costó a la reina sus críticas), la de Juan XXIII es tan histórica como la de Orthon. Cuentan sus seguidores que la audiencia de Adamski con el Pontífice se celebró el 31 de mayo de 1963. Aquel día, el contactado visitaba el Vaticano con dos admiradoras cuando se separó de ellas para volver una hora después. Al regresar, les dijo que había estado con el papa y les enseñó como prueba una medalla con la efigie de Juan XXIII, como las que podían comprarse en los alrededores de la basílica de San Pedro. Las mujeres creyeron que un papa agonizante (murió tres días después) no tenía nada mejor que hacer que charlar con un vendedor de hamburguesas que decía viajar a otros planetas y a quien, además, el venusiano Orthon no había contado nada nuevo en 1952 en el desierto de California: un año antes, otro extraterrestre bien parecido, Klaatu, había descendido con su platillo volante en Washington en la película *Ultimátum a la Tierra* para convencer a las grandes potencias de que dejaran de hacer pruebas nucleares.

En 1917, un extraño inventor llamado John Andrews entretuvo a la Armada estadounidense con un polvo verde que, al ser mezclada con agua, creaba un potente combustible apto para cualquier motor de gasolina. La Armada, por supuesto, sospechó y no hizo caso del prodigio. No se supo nada más del tal Andrews hasta 1935, año en que volvió a presentar su polvo en la Oficina de Estándares. Dos años después fue asesinado y su polvo verde y sus papeles fueron robados de su casa en Pensilvania. En 1973, otro inventor, Guido Franch, de Chicago, creó algo parecido, pero, convencido de la bondad de su invento, antepuso sus exigencias: doscientos cincuenta mil dólares por adelantado, diez millones ingresados en su cuenta que pasarían a ser suyos en el momento en que se revelara el secreto y un centavo por cada galón de combustible que se obtuviera. Interrogado sobre algunos detalles, Franch reconoció no ser el creador de la sustancia y afirmó que se la había entregado la viuda de un químico alemán llamado, por casualidad, Kraft ('fuerza, poder'). Cuando le hablaron de su malogrado predecesor, John Andrews,

negó conocerlo, pero creía muy posible que Kraft le hubiese facilitado en persona su fórmula. Cuando la lluvia de preguntas se intensificó, Franch comenzó a decir que el producto procedía en realidad de las Águilas Negras, un grupo de extraterrestres oriundos de Neptuno.

La espiritista londinense Florence Cook (1848-?) fue una médium a la que el investigador William Crookes hizo famosa cuando en 1863 publicó un estudio acerca de lo supuesto materialización del ectoplasma de una mujer fallecida llamada Katie King. Entre 1871 y 1874, Crookes estudió aquella curiosa materialización, que surgió a instancias de Florence. Durante tres años se llevaron a cabo sesiones de materialización en condiciones de laboratorio. Según afirmaba el espíritu, era hijo de Juan King, otro espíritu que presidía muchas sesiones por aquellos días. En un principio, el espíritu de Katie King se materializaba parcialmente, pero con el tiempo fue tomando consistencia y haciéndose más real, hasta que llegó un momento en el que se materializó por completo, tomando aspecto de persona viva de blancas ropajes. La aparición ardaba y hablaba con libertad, incluso Crookes pudo fotografiarlo al menos en cuarenta y cuatro ocasiones. Un día, Katie se despidió: había cumplido su misión de demostrar a todos la existencia del mundo espiritual y había llegado al momento de elevarse a un grado superior. Lo cierto es que Katie King no era más que una burla farsa, ya que tanto ella como Florence eran muy pasadas y no hay fotos fiables de ambas juntas [lo que aquí se reproduce es uno de las mejores].



En la última etapa de su vida, el científico español Santiago Ramón y Cajal (1852-1934) se interesó sobre el misterio del más allá, y estaba fascinado por los sueños y la psicología profunda. Todas las mañanas, apuntaba los sueños que había tenido la noche anterior y llegó a pagar a una médium zaragozana para llevar a cabo algunos experimentos de espiritismo. La mujer, que afirmaba estar inspirada por el arcángel san Gabriel, contestaba las preguntas a través del espíritu de una hermana suya, muerta hacía tiempo. Cajal descubrió el engaño. La fantasmal figura no era otra que la de la misma médium, que se disfrazaba y producía una deformación del rostro utilizando trozos de goma que se metía en las fosas nasales y la boca.

En un oscuro y sombrío día de 1952, Morsy Bernstein (1923-1995) hipnotizó a Virginia Tighe, que comenzó a hablar con acento irlandés y afirmó ser Bridiey Murphy, una mujer irlandesa del siglo XX, natural de Cork. A partir de entonces la hipnosis se repitió a menudo y, en este estado, Virginia/Bridiey contó piezas irlandesas y contó historias irlandesas, siempre en